

*La decena trágica III*

# Confabulación y muerte de Bernardo Reyes

Ignacio Solares

*“¡Así se gobierna!”*, felicitó en una ocasión Porfirio Díaz a Bernardo Reyes, en lo que para muchos significó el espaldarazo a quien podría sucederlo. ¿Por qué ese gobernante nunca llegó a la silla presidencial? ¿De dónde le vino su obstinación de enfrentar años después a Madero? Ignacio Solares recupera de las cenizas de la Historia las contradicciones de un personaje singular.

*Para Javier Garciadiego*

I

Como gobernador de Nuevo León, el general Bernardo Reyes puso especial empeño en el crecimiento económico, pero no menos que en la salud y la educación. Una de sus primeras medidas fue la exención de impuestos, lo que despertó un gran interés de los capitalistas para intervenir en la región. Cuando el presidente Porfirio Díaz se enteró de esta medida declaró entusiasmado: “Si tuviéramos el talento de Bernardo Reyes, habría que aplicarla en todo el país”. Con el incremento de la minería y las vías de comunicación en primera instancia, siguió el establecimiento de innumerables fábricas de textiles, de muebles, de cigarros, de jabón, de molinos de harina, una gran planta embotelladora de agua, una refinería de azúcar y muchas otras, todas gozando de las mismas facilidades para su establecimiento y con la mencionada exención de impuestos.

Qué contraste tan marcado logró dar el general Reyes a Nuevo León con otros estados del país, que carecían de los más mínimos estímulos para invertir en ellos.

En materia de salud pública, el gobernador puso especial dedicación al servicio de hospitales y durante su gobierno consiguió, por ejemplo, que la vacuna contra la viruela fuera obligatoria, medida que no había sido adoptada por ninguna otra entidad. En el hospital González de Monterrey se establecieron nuevas disposiciones: se abrió un pabellón para tuberculosos, otro para leproso, se inauguró el servicio de vacuna contra la rabia y se elaboraron reglamentos para el control de algunas epidemias como la malaria. Ese servicio de vacunación contra la rabia fue tan eficaz que de todo el estado se recibían solicitudes para su aplicación y aun de los estados vecinos como Tamaulipas, Coahuila o Chihuahua, llegaban personas víctimas de mordeduras de animales rabiosos

que eran atendidas siempre, hay que recalcarlo, en forma gratuita.

Su policía alcanzó fama de ser la más eficaz del país, se duplicó en el periodo gubernamental de Bernardo Reyes y el estado vivía en una paz de la que nunca había gozado (y casi podríamos asegurar, nunca ha vuelto a gozar).

Enérgicas medidas tuvieron que emplearse cuando en 1893 apareció en el puerto de Tampico la fiebre amarilla. La epidemia amenazaba con extenderse por todos los estados vecinos, por lo que el gobernador solicitó al ministro de Gobernación que se cerrara el paso del ferrocarril del Golfo, entre Monterrey y Tampico, para evitar que se propagara el mal. Sin embargo, su petición no fue atendida porque se creía que la enfermedad no alcanzaría proporciones graves. De esta manera, el general Reyes —en forma por demás arbitraria, se dijo, aunque finalmente tendría el aval presidencial— ordenó a todos

los municipios de su estado que no recibieran la carga procedente de Tampico que transportaba el ferrocarril.

No obstante estas precauciones, el mal avanzó y en el mes de septiembre se advirtieron los primeros casos de fiebre amarilla en la ciudad de Linares. No se escatimó gasto alguno ni diligencia para atender a los enfermos y proceder a la desinfección. El mal desapareció en el mes de diciembre, después de haber ocasionado ciento veinticinco muertes, sólo en el estado de Nuevo León. Fueron frecuentes las fotografías del general Reyes en los periódicos, en que se le veía recorrer e inspeccionar personalmente los hospitales, en alguna ocasión incluso vestido con una bata blanca, como médico.

Se trabajó activamente en el mejoramiento del servicio de agua, drenaje, pavimentación, energía eléctrica, redes telefónicas y telegráficas. Se crearon dos bancos de emisión, el de Fomento y el Mercantil, fundados en 1892 y 1895, respectivamente.



A. Costilla, *General Bernardo Reyes*, 1892

En el orden educacional, se abrieron nuevas escuelas y se mejoraron las ya existentes. La viva preocupación de Bernardo Reyes por la educación —tenía fama de su preocupación por la lectura en las escuelas y, se dice, escribía admirablemente sus discursos— empezó con la creación de la Dirección General de Instrucción, que debería supervisar estrictamente todos los centros escolares. Se dice que era tan aficionado a la literatura, que él mismo supervisó el programa de lecturas en las clases de literatura en las preparatorias, e incluso recomendó ciertos libros.

La Ley General de Instrucción Pública se firmó en diciembre de 1891 y entró en vigor en enero del siguiente año. En ella se incluía el establecimiento —algo insólito en nuestro país— de la Escuela Normal para Mujeres, con lo que se les brindaba una importante oportunidad para superarse intelectual y profesionalmente, y no quedarse limitadas a las labores del hogar. ¿Cuántos países en el mundo podían jactarse de tener en aquellos días una Escuela Normal parecida?

La transformación de Nuevo León fue tan rápida y radical que llamó la atención de todos los estados, incluido el gobierno del centro, y su fama llegó a otros países latinoamericanos, incluso a los Estados Unidos. Se vivía activamente, dentro de un ambiente de progreso y justicia social, haciendo circular en todos los medios grandes cantidades de dinero, con lo que el erario local, sin pesadas gabelas ni extorsiones injustas, cosechó excelentes frutos. Como gobernador, Reyes había adquirido tal fama —además de su brillante y ampliamente reconocida actuación militar, como durante la batalla de la Mojonera, que le valió el ascenso a general brigadier en 1880— que, no se tenía duda, habría de ser el sucesor inevitable de don Porfirio. El propio presidente así lo dio a entender cuando, en 1896, durante los festejos del tercer centenario de la fundación de Monterrey, dijo en su discurso inaugural:

“Después de estudiar detalladamente los grandes beneficios que bajo su inteligente y acertado mando ha alcanzado este bravo y laborioso estado, considero justo decirle, condensando todos los elogios posibles que me inspiran sus obras: general Bernardo Reyes, ¡así se gobierna, así se corresponde al soberano mandato del pueblo!”. Las ocho columnas de *El Imparcial* al día siguiente retomaban la noticia: “¡Así se gobierna!, le dijo el presidente Díaz al gobernador de Nuevo León”. Y agregaba: “Todos los asistentes al evento se pusieron de pie para aplaudir las elogiosas palabras”.

Todo parecía indicar —era lo más sensato— que Reyes sería elegido candidato presidencial para las próximas elecciones. Pero se habla de una reunión —lo cuenta su hijo Rodolfo— que tuvieron Díaz y Reyes en la cual el presidente le dijo que deseaba gobernar otro periodo para concluir obras y programas que tenía pendientes,

a lo cual el prestigiado gobernador de Nuevo León respondió: “Señor Presidente, yo soy absolutamente institucional. Todo lo que he logrado se lo debo a usted. Se harán las cosas como usted diga y estaré siempre a sus órdenes”. Incluso, a su hijo Rodolfo le comentó: “habrá que esperar un periodo más”.

Ninguno de los dos suponía —en realidad, nadie en el gobierno lo suponía— el movimiento maderista.

En su espléndida biografía de Bernardo Reyes, Josefina Arellano escribe:

“En materia política, el país iba demostrando su inconformidad por la prolongación del presidente Díaz en el poder. Y en la propia capital se formaban grupos de oposición que apoyaban la candidatura del general Bernardo Reyes a la presidencia o, por lo menos, a la vicepresidencia. Los ‘claveles rojos’, distintivo de sus seguidores, se dejaban ver con profusión en toda la República. Sin embargo, Reyes puso oídos sordos a cuantos lo aclamaban y renunció a aquella candidatura —en realidad renunció a todo— por no contar con la aprobación del presidente Díaz, al cual seguía siendo fiel. Éste fue su más grave error, ya que sus simpatizadores —que eran multitud— se vieron obligados a dispersarse... y los claveles rojos se marchitaron”.

Y agrega:

“No obstante la renuncia, Díaz no quedó satisfecho, y temeroso de que aquel movimiento popular creciera, obligó a su fiel colaborador a salir en mal disimulado destierro a Estados Unidos. No contaba el anciano presidente con que aquel brote rebelde habría de sumarse a otro mucho más poderoso y al que poca importancia le concedía por creer que su más cercano enemigo era Bernardo Reyes y no Francisco I. Madero”.

A la caída de Díaz, el general Reyes volvió al país dispuesto a conquistar los lauros que tan poco tiempo antes había despreciado. Y, sin embargo, era demasiado tarde. Los claveles rojos no volvieron a aparecer. El movimiento maderista era apabullante.

Partió una vez más al exilio, esta vez a Estados Unidos, en donde se fue enterando del “fracaso maderista”, a pesar de que él mismo reconocía sus buenas intenciones. Pero temía que el país entero se fuera por la borda e incluso, proféticamente, presentía una guerra civil.

“Me creí llamado a enderezar los derroteros de mi pueblo, a corregir los errores cometidos y encauzar sus potencialidades, tal como yo había hecho cuando llegué como gobernador de Nuevo León”, escribió el propio Reyes.

¿Qué hubiera sucedido si Reyes —con su prestigio y sus cualidades manifiestas para gobernar— compite con Díaz por la presidencia, y gana, como era de suponerse en aquel momento? ¿Hubiera habido Revolución y luego una guerra civil?

Pero su decisión de enderezar el país fue tardía, y fatal. Escribe su hijo Rodolfo:

“Mi padre dio por hecho que el día 14 de diciembre de aquel 1911 unos seiscientos hombres armados estaban esperándolo a unas leguas de Laredo, México, pero recibió un falso aviso en tal sentido. Me sorprendió, y dolió enterarme de su rendimiento a los pocos días en Linares”.

La escena de ese rendimiento es tragicómica.

## II

Bernardo Reyes: el de la altivez de los ojos garzos, su larga piocha como de espuma, sus cejas pobladas de hidalgo viejo. Se ha vuelto fantasmal, cabizbajo, con algo de Quijote, y cabalga solo por entre abrojos y espinas, envuelto en un oscuro capote militar desgarrado. El 13 de diciembre de 1911 cruzó la frontera para después entrar en Nuevo León, con media docena de adherentes. Esperaba que se le agregara un contingente de por lo menos seiscientos hombres y después de una escaramuza con unos guardias rurales cerca del río Conchos, el exiguo cortejo se dispersó y don Bernardo quedó solo, cabalgando a la deriva entre aquellos inhospitalarios breñales.

Pero en realidad cabalgaba a la deriva desde mucho tiempo atrás. No se enfrentó a don Porfirio cuando debía haberlo hecho, cuando todo México se lo pedía, aclamándolo. Volvió al país cuando no debía hacerlo poco después de la caída del régimen de Díaz, cuando la ola efervescente del maderismo le indicaba no volver. Dijo que regresaba para colaborar con Madero “en la monumental tarea de reconstruir la nación”, pero sucumbió al canto de las sirenas que entonaban sus partidarios y lanzó su candidatura a la presidencia. El comentario de Madero a De la Barra fue admirable:

“Reyes cuenta con dos caminos para oponerse a la nueva situación revolucionaria: el democrático y el del cuartelazo. Si, a pesar de todo, su candidatura prospera y logra atraer la mayoría de los votos, yo no veré ninguna amenaza en él, pues el pueblo mexicano es dueño de darse los gobernantes que guste, y yo seré el primero en respetar la voluntad de la mayoría de mis conciudadanos, aparte de que nunca he pretendido que se me dé un puesto como recompensa de mis pocos servicios. En cuanto al camino del cuartelazo, lo creo muy difícil. ¿Con qué pretexto invitaría el general Reyes a los jefes militares para que lo secundaran en un movimiento de ese género? ¿Qué podría decirles después del manifiesto que ha publicado adhiriéndose al nuevo orden de cosas? Para lanzarse a una empresa tan injustificada, y de un modo tan felón, sería preciso que él y los jefes a quienes se dirigiera estuviesen desprovistos de todo patriotismo y de toda idea de la dignidad”.

Pero —ya siempre contradictorio y ambivalente—, Reyes reconoció su fracaso con esa candidatura absur-

da y se ausentó del país desde fines de septiembre del 11; mes y medio después, desde San Antonio, Texas, lanzó proclamas sediciosas e hizo llamamientos de rebelión en contra de Madero —para entonces presidente de la República— y el mencionado 13 de diciembre cruzó la frontera, fecha en que ya cundía entre sus partidarios el propósito de desconocerlo, y recogió como únicos frutos de su conspiración el desencanto y el abandono más absolutos y tragicómicos. Porque tragicómica —como tantos otros sucesos de la época— fue su rendición en el cuartel del pueblo de Linares. Había vagado durante cinco interminables días por el desierto, sin comida y pleno de fatiga, fantasmal. Llegó la Nochebuena al cuartel y tuvo que despertar al soldado de guardia.

—Quiero hablar con su jefe —dijo, bajando del caballo y apenas con fuerza para sostenerse en pie—. Soy el general Bernardo Reyes.

El soldado desapareció aterrado dentro del cuartel y un instante después regresó con el mayor Francisco Cárdenas, el mismo que terminó con la vida de Madero.

En el cuartel se tenían noticias del levantamiento de Reyes y esperaban el ataque de un contingente de seiscientos hombres, encabezados por un orgulloso general: el pecho cubierto de condecoraciones, tocado con un gorro emplumado y el largo sable en alto, centelleante. En lugar de ello se le apareció ese mismo general solitario, hambriento, embozado en un capote militar desgarrado.

—Vengo a rendirme. No he comido durante cinco días. Denme de comer y hagan luego de mí lo que quieran.

Cárdenas se hincó ante él y tomó una de sus manos entre las suyas.

—¡Huya, huya, mi general! ¿No ve que mi deber es prenderlo?

—Vaya, pero si tú trabajaste conmigo, ¿verdad? Pues no te queda más remedio que aceptarme como prisionero.

El mayor Cárdenas era un hombre sentimental: también lo demostró con Madero, por la saña con que lo trató. Tenía gran capacidad para amar y para odiar y, en consecuencia, para la culpa: prueba de ello fue su suicidio cuando cayó Victoriano Huerta. Por lo pronto, ahí, a los pies del general Reyes, con lágrimas en los ojos, demostraba que podía ser el más humilde e incondicional de los servidores.

—Señor, preferiría la muerte antes que convertirme en su carcelero.

—Entonces voy a gritarlo para que todos lo oigan —y gritó a voz en cuello—. ¡Escuchen, soy el general Bernardo Reyes y vengo a entregarme preso para que se me fusile ahora mismo en el cuartel!

Los soldados, atolondrados por el sueño, parpadeantes, con sarapes en los hombros, escucharon incrédulos las palabras del anciano fantasmal, como surgidas aún de la duermevela.



Francisco I. Madero, Francisco León de la Barra y Bernardo Reyes, 1911

En Nochebuena, todos con algunas copas de más, bajo el cielo encendido, hirviendo de estrellas, y la luna que trepaba como una llamarada redonda. El orgulloso anciano derrotado por sí mismo, contagiado de las lágrimas de su servidor, suplicándole la muerte a quien sólo quería venerarlo.

Pero Madero no fusiló a Cárdenas y mucho menos fusiló a Reyes. Madero no fusilaba a nadie, hiciera lo que hiciera. Lo mandó a la prisión de Santiago Tlatelolco, con consideraciones especiales: lo visitaba todo el que quería a la hora que quería, lo que sólo sirvió para que de nuevo empezara a confabular contra él.

“El hombre bueno que se vio en el trance de apriarlo”, dirá Alfonso, el hijo de don Bernardo. Y aún agrega: “¡Qué más hubiera deseado que devolverle la libertad! Dos grandes almas se enfrentaban, y acaso se atraían a través de no sé qué estelares distancias. Una toda fuego y bravura y otra toda sencillez y candor. Cada cual cumplía su triste gravitación”.

Pasaje —tenía que ser de un gran poeta, involucrado en el tema— que resume el destino de dos hombres singulares y un momento decisivo de nuestra historia.

La triste gravitación de Madero, por su parte, era intentar apartar ya por cualquier medio ese odio que lo rodeaba y que sentía como un gran peso, imposible de soportar más. Mejor rendírsele, ponerle el cuello, que tener presente a cada momento sus colmillos afilados. Don Bernardo, por el contrario, gravitaba plenamente sobre el negro sol del odio, del que extraía sus últimas fuerzas para, a gritos, buscar a Madero, retarlo, atraerlo,

clamar contra él a través de los cuarterones de la ventana de su prisión:

—¡Nadie podrá impedir que regrese a salvar a mi patria de la traición de Madero! Con su debilidad para gobernar, va a provocar una guerra civil entre los mexicanos.

Alguien que creía en la brutal fuerza de las palabras. En una ocasión a su hijo Alfonso le tapó la boca con una mano autoritaria porque le leyó en voz alta un verso que decía: “Que a golpes de dolor te has hecho malo”.

—¡Calla, blasfemo! ¡Los que no han vivido las palabras no saben lo que las palabras traen dentro!

Él, que precisamente se hizo “malo” a golpes de dolor y de frustración. Pero ya para entonces estaba como “encantado” y su oscuro sol le elevaba la temperatura todas las tardes, aunque se dijera que la causa aparente era cierto paludismo contraído en campaña. Hablaba solo y maldecía también a los presos que miraba desde su ventana “estirarse al sol, echar baraja, cantar”. Él, que fue, como pocos, organizador de ejércitos lúcidos y dignos. En una ocasión hasta tuvo que presenciar cómo se levantaba una pequeña tienda de lona en el patio para que, tras la rigurosa paga, los presos entraran a “simular el amor” con una mujer hastiada que los esperaba con las piernas abiertas y los ojos perdidos en lo alto.

Leía y releía el único libro que llevó a prisión, y que al salir dejó sobre la mesa de pino, a un lado del quinqué, *El diablo mundo*, de Espronceda, y que tenía subrayados estos versos:

*¡Ay del que descubre por fin la mentira!*

*¡Ay del que la triste realidad palpó!*

Él, que no se enfrentó a don Porfirio cuando debía haberlo hecho (por el bien de la patria y de sí mismo, aunque detenido por una lealtad mal entendida), que regresó al país cuando ya no tenía sentido, que se sublevó contra Madero en el momento menos propicio, que se entregó en Linares cuando su rendición no significaba nada para nadie y que aun, desde la prisión, conspiró de nuevo y más insensatamente que antes. Cuánto tuvo que odiar a Madero para actuar contra sí mismo en forma tan absurda. Y si algún mérito le queda, es que llevó esa actuación a sus últimas consecuencias la noche del 9 de febrero de 1913.

A fines del año anterior, poco después de la derrota de Félix Díaz en Veracruz, los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz iniciaron la confabulación del golpe militar. Para enero del 13, los conspiradores celebraban casi abiertamente conciliábulos en casa de Mondragón, de Ruiz, en el despacho de Rodolfo, hijo de don Bernardo, en casa del doctor Enrique Gómez, o en el hotel Majestic, propiedad de Cecilio Ocón. Concertaban juntas con jefes y oficiales del ejército y hacían propaganda en los cuarteles, en ocasiones en forma descarada, como durante la celebración de la Navidad del Soldado, auspiciada por la esposa de Madero y las esposas de los ministros, en que un agente de los conspiradores vestido de civil, invitado a hablar por el coronel, denigró al gobierno y ensalzó a quienes lo atacaban.

Alarmados por cuanto se sabía o se esperaba, los diputados adictos al gobierno, que eran los más, fueron a advertir al presidente del peligro a mediados de enero y le leyeron un documento en que señalaban:

—Los medios de que la contrarrevolución se ha valido y se vale son: el dinero de los especuladores del antiguo régimen, la pasiva complicidad de los dos tercios de los gobernantes de la república y la deslealtad de algunos intrigantes que fueron objeto de inmerecida confianza. Sus adalides más activos y fuertes son los periodistas de la oposición y los diputados de la llamada minoría independiente; y su colaborador más eficaz el ministerio de Justicia. Cambiad, señor presidente, ese ministerio, o imponedle una orientación política distinta, no para iniciar una era de atentatorias persecuciones a la prensa, sino para la represión enérgica y legal de las transgresiones a la ley. Con sólo eso, el gobierno reaccionaría en la opinión y se convertiría en una entidad respetable y temida. Acabando con los conspiradores de la pluma, se acabará con los conspiradores del capital, se acabará con la inercia contemplativa de los gobiernos de los estados y se facilitará la pacificación del país, para gloria vuestra y de la revolución.

Madero escuchó con atención cuanto dijeron sus amigos políticos y al final apretó los labios y movió ligeramente la cabeza a los lados. Él sólo podía gobernar con y para la libertad, dijo. Quizás en ciertos momentos

pareciera hasta una forma de debilidad y acarrearía graves peligros, pero a la larga sólo la libertad los haría crecer, daría sentido a la lucha iniciada en noviembre de 1910 y justificaría la sangre derramada. Luego les habló de la alta misión que en este proyecto debía cumplir la prensa.

—Que cada quien saque las conclusiones que guste al leer los diarios.

—Nadie saca ninguna conclusión, señor presidente, porque esos artículos y esas caricaturas no están hechos para sacar conclusiones, sino para difamarlo a usted y a su gobierno —insistieron.

Se encogió de hombros y mostró las manos abiertas, diciendo más con ese gesto que parecía prepararlo ya para la crucifixión, que con las palabras finales.

—No podría actuar contra lo único que creo y que me mantiene en el puesto que ahora ocupo. La libertad, en todos sus órdenes.

¿Y por eso, porque estaba hecho a la idea de la crucifixión, no atendió a los susurros de que el movimiento militar estallaría el primer día de febrero, o no, que el día 3, o quizás el 5, durante la ceremonia conmemorativa de la Constitución, frente al monumento a Juárez, donde por un certero golpe de mano los conjurados se apoderarían de él y del gobierno? Hasta el embajador norteamericano, Lane Wilson, que de todo se enteraba y en todo participaba, tenía ya listo en Acapulco el acorazado Denver, para la protección de los intereses norteamericanos y hacía gestiones para que su colega británico hiciera otro tanto, en el mismo Acapulco, con el cañonero Shearwater.

El escenario estaba listo y la madrugada del domingo 9 de febrero, Rodolfo Reyes y un grupo de conspiradores se encontraban en el solar que rodeaba los muros rojizos de la prisión de Santiago Tlatelolco, pendientes de la aparición de las tropas sublevadas, y de cualquier señal que don Bernardo lanzara con el quinqué desde la ventana de su celda, en caso de algún contratiempo. El día anterior le pidió a su hijo Rodolfo que le llevara ropa interior nueva y recién lavada.

—Si caigo en el combate, quiero que hasta en el último de los detalles comprueben que fui un caballero decente y limpio.

Con la primera claridad, como enviados por el sol de Reyes: el sol del odio y la destrucción, cruzaron la plaza neblinosa del pueblo de Tlatelolco los primeros uniformes azules, los quepís blancos, las cartucheras de charrol. Los guardias de la prisión no ofrecieron resistencia y varios de ellos se unieron al movimiento rebelde. Rodolfo tenía de la brida un nervioso caballo —Lucero, enjaezado con silla militar cubierta con una piel de leopardo— y el grupo de soldados y civiles permanecía expectante, hasta que apareció en la puerta principal de la prisión la figura altiva, inconfundible, de un anciano de

larga barba blanca, demacrado y con los ojos enrojecidos. La emoción reprimida desde meses atrás se desató y surgieron los vítores, los gritos liberadores, y el sonar agudo de los clarines. Don Bernardo llevaba un traje sport negro, botas militares, sombrero de fieltro gris y un capote de general español que le había regalado Alfonso XIII. Subió enseguida al caballo que le entregó su hijo y ya ahí, inclinándose sobre la montura, recibió los abrazos de los generales Mondragón y Ruiz.

—Vamos, la patria nos llama —dijo, sin lograr evitar las lágrimas.

Empezaron a avanzar, metiéndose dentro de la capa fría del amanecer. Los caballos martilleaban el pavimento de las avenidas y levantaban llamas de polvo. Entre los gritos sobresalía uno:

—¡Muera Madero!

En la columna de sublevados que marchaba hacia la Penitenciaría a liberar a Félix Díaz destacaba, a la vanguardia, el corpulento general Gregorio Ruiz con su ostentoso sombrero negro, de charro, incrustado con arabescos de plata. Iba al frente de las fuerzas del primer regimiento de caballería de Tacubaya. Lo seguían el general Reyes y su hijo Rodolfo, con una escolta compuesta en su mayoría por aspirantes de la Escuela de Tlalpan. A la retaguardia cabalgaba el general Mondragón —flaco, las mejillas consumidas, bigote de altas puntas y ojos soberbios— con artilleros del 2° y 5° regimientos de Tacubaya. Además, se agregaban numerosos simpaticizantes y curiosos en automóviles y a pie. Al pasar por una iglesia, el general Ruiz se detuvo para pedir al sacristán que hiciera sonar las campanas y aquel repique simbolizó el inicio del “movimiento de liberación”.

Mondragón había separado su fuerza de ataque en dos grupos y enviado de avanzada uno de ellos a tomar Palacio, lo que se consiguió sin dificultad, penetrando incluso por la puerta de honor entre vivas a Bernardo Reyes y a Félix Díaz y gritos de júbilo, ya que los guardias eran hombres del 20° Batallón, comprometidos con el levantamiento. Pero el general Lauro Villar, comandante militar de la plaza, recibió enseguida aviso telefónico de lo sucedido y se trasladó al cuartel de San Pedro y San Pablo para organizar el rescate con sesenta reclutas del 24° Batallón de Infantería. Entraron sigilosamente por el cuartel de zapadores —en el costado sur de Palacio— deslizándose con ojos de gato en la oscuridad, el hombro pegado a la pared. En un momento —y apenas una media hora después de la llamada telefónica a Villar—, sin necesidad de disparar un solo tiro, los rebeldes se rindieron ante las sesenta bayonetas caídas que cayeron como deslumbrantes relámpagos a sus espaldas. Villar los mandó encerrar en las cocheras y ordenó que la tropa leal se distribuyera convenientemente, con vigilancia en los balcones y en la azotea, además de una línea de tiradores afuera de Palacio, pecho a tie-

rra, y pequeños morteros y ametralladoras emplazadas en las puertas principales.

En total desconocimiento de lo acaecido, y ya con Félix Díaz —traje gris de lana, pañuelo rojo al cuello y una gorra negra de fieltro que tocaba su cabeza ensombrecida, clavada en el pecho, “como si fuera a un funeral más que a la conquista del poder”, decía una crónica de *La Nación*—, la otra columna rebelde se encaminó hacia el centro de la ciudad por la calle de Lecumberri. En la de Moneda el general Ruiz, siempre a la vanguardia, avanzó decidido al galope —iba tan jubiloso que lanzó su sombrero de charro al aire—, sólo para toparse con dos ametralladoras Hutchinson montadas en trípodes, como fauces ávidas junto a cada uno de los gritones. Villar mismo lo bajó del caballo y lo hizo su prisionero, con una autoridad que podía más que la amenaza de las armas.

Uno de los jinetes del primer regimiento de caballería regresó con el general Reyes y sugirió prudencia. El odio contenido relampagueó en los ojos garzos de don Bernardo.

—¡Aquí sólo los cobardes toman precauciones! Contamos con los mejores elementos, con hombres, cañones y armas de toda clase. Aparte de la tropa de caballería a la que usted pertenece, por sí sola más fuerte que las que defienden Palacio, atrás de nosotros vienen las de los generales Félix Díaz y Mondragón. ¡Así que al ataque, soldado!

—No podríamos entrar...

Pero el jinete apenas si alcanzó a replicar, porque don Bernardo se adelantó, decidido, a ponerse al frente de los dragones. Con una nueva luz en la mirada, se alzó sobre los estribos y gritó:

—¡Señores, el fuego va a comenzar! ¡Que se aparten los cobardes que no estén dispuestos a dar la vida por la patria!

Mondragón y Félix Díaz intentaron también hacerlo entrar en razón, pero don Bernardo respondía con gestos de rechazo, pasándose una y otra vez una mano por la cara, como si apartara una sombra. Picó espuelas y partió al galope, seguido por un haz de infantes y jinetes, desasosegados y sin entender del todo qué extraña fuerza los lanzaba detrás de aquel anciano vehemente.

Tras él fue su hijo Rodolfo y lo alcanzó al volver la esquina, ya frente a la puerta Mariana, obligándolo a refrenar su marcha, poniéndole una mano afectiva en la brida del caballo.

—Padre, recapacite usted. Lo que está haciendo es una tontería. Tienen ametralladoras en las puertas y en las azoteas. Van a provocar una matanza inútil.

—Inútil es continuar como hasta ahora. Preferible la muerte a la indignidad— su labio inferior se proyectaba hacia el frente, tembloroso.

Rodolfo dirá que su padre iba como “encantado” —¿poseído?—, deslumbrado, por un sol que desgarró



Bernardo Reyes

las capas de neblina y se instaló, muy fijo, en la mañana naciente.

—Mire, padre, la columna se ha detenido.

—Que se detenga la columna: yo no. ¡Que sea lo que ha de ser, pero de una vez!

Su hijo dirá también que tenía “la fiebre de la humillación, de la desesperación y del pesar, e incesantemente esperaba que la muerte llegara a liberarlo”. ¿Habría que agregar de la locura?

Se lanzó una vez más sobre los estribos, como para tomar impulso, respiró con profundidad el aire fresco, reciente, y avanzó seguido ya sólo por unos seis aspirantes y algunos entusiastas o simples curiosos. El Zócalo tenía mayor concurrencia que de costumbre, pues además de esos curiosos y partidarios estaba la gente —hombres, mujeres, ancianos y niños— que salía de oír misa en catedral.

Villar lo esperaba al borde de la acera, en la puerta central y delante de la valla de tiradores pecho a tierra. Había también un piquete de soldados recién llegados

del cuartel de Teresitas, apostados contra la pared y con una sola rodilla en tierra. Permanecían todos inmóviles, como con la respiración contenida, bajo aquel sol también fijo. Al acercarse Reyes, el aire volvió a circular y los ojos de todos se abrieron mucho.

—Ríndase, don Bernardo. No tiene usted ninguna posibilidad de traspasar esta puerta. Le estoy hablando en nombre del presidente Madero —le gritó Villar saliendo hasta la media calle, imperativo pero con cierto tono de afecto.

—Apártese usted, Lauro. Nada podrá impedir que pase por ella. Yo le estoy hablando en nombre de la salvación de nuestra patria.

Reyes continuó su avance sonámbulo. Casi echó el caballo encima de las ametralladoras. Rodolfo, que iba detrás, le gritó:

—¡Te matan!

—¡Pero no por la espalda!

Ésa, su última frase, pareció la orden de fuego que prendió la mecha. La mañana transparente se incendió con un fuego cruzado al que se agregaba el de las fuerzas rebeldes parapetadas —entonces se descubrió que las había— en las torres de catedral.

Don Bernardo cayó primero ante la puerta —que a pesar de todas las oportunidades que tuvo en el pasado, no se había hecho para que la traspusiera en calidad de conquistador—, se prendió a las crines del caballo y luego resbaló sobre su hijo Rodolfo —que en ese momento llegaba a su lado—, rodando los dos a tierra. Y fue el cuerpo ya sin vida de su padre —cálido aún— el que salvó a Rodolfo de las siguientes descargas.

El combate duró unos veinte minutos. Rechazados los rebeldes, retrocedieron hacia las calles de Seminario, de Plateros, de Cinco de Mayo. Algunos se refugiaron en los portales y otros fueron a reintegrarse a la columna de Félix Díaz y de Mondragón, detenida, indecisa, en la calle de Moneda.

De los combatientes quedaron muertos unos doscientos hombres. De los otros, de los más, de los sacrificados por el azar cruel o por su curiosidad aciaga o por sus simpatías equivocadas, de esos, más de mil. El secretario particular de Madero, Juan Sánchez Azcona, contará: “El chofer dijo que era muy difícil seguir adelante por los numerosos cadáveres y heridos que yacían por doquier, y abandonamos el auto para ganar a pie la entrada a Palacio. Inolvidable marcha aquélla. Teníamos literalmente que saltar sobre muertos y heridos. Yo llevaba zapatos amarillos y más tarde advertí que estaban manchados de sangre y aún tenían adheridos cabellos y trozos de masa encefálica...”

“Dos grandes almas se enfrentaban, y acaso se atraían a través de no sé qué estelares distancias. Una toda fuego y bravura y otra toda sencillez y candor. Cada cual cumplía su triste gravitación”. **U**